

no nos callamos nada en ese único momento honesto —Angela— —Perra— —Pégame, Juan, pégame—. Entonces —Angela— aquella palabra que yo repetía aún pronunciada por otra voz. Esa otra voz que hace rato no digo porque a lo mejor no está ahí, ni está Angela; así que puedo irme solo así, abriendo la puerta que tiene, como es lógico, las bisagras sin aceite y me denuncia. Quedo así, viendo un pedazo de cama y otro de cómoda, encogido contra la pared final de este estúpido closet, desnudo. Esperando quizá que alguien salte sobre mí, que alguien grite, esperando algo terrible en todo caso, pero no sucede nada, nada. Sólo suceden la cama y la cómoda y esta espera que no puede prolongarse más porque voy a gritar. Empujo la puerta y sucede el cuarto, vacío, triste, sin Angela, pero también sin la vieja. Mientras me visto oigo siempre ruidos, ruidos comunes de cocina, mover un jarro, poner una olla a la candela. Siempre es posible que esté allí, en la sala o la cocina, agazapada. Me pego a la pared, llego al ángulo de la sala, miro un poco, el sofá, vacío; un poco más, los sillones. No hay nadie, no puede haber nadie. Tomo precauciones. Doblo, siempre pegado a la pared y gano la sala. Sólo queda el cuarto de ella, de la vieja, al costado. De un salto gano la otra pared y avanzo, sordamente, hasta la puerta. Miro fugazmente hacia adentro y creo ver algo en bata de casa. Quedo, así sudando, pegado a la pared junto a la puerta. No oigo nada. A lo mejor no hay nada, sólo una bata de casa, un perchero. Debo intentar otra vez, pero no puedo. Aunque no es posible que esté aún ahí, yo no podría regresar al closet. La puerta está cerca después de todo; podría saltar, abrirla y correr de la vieja que no podría ya jamás alcanzarme. Siento que puedo, que debo, que tengo que hacerlo y lo hago; salto sin mirar, abro, cierro y corro, corro, salto los escalones pensando que no estaba ahí la vieja, que nadie estaba, que soy libre. Gano la otra puerta y desde aquí, desde la calle, mientras corro para llegar a tiempo al cementerio, veo todavía a los pájaros haciéndose tercamente el amor en las perches, y los envidio.

## JULIO C. DA ROSA EN LA BRECHA Heber Raviolo

Un escritor como Da Rosa no necesita presentaciones. Reportarlo es una experiencia bastante diferente a la que pudiera proporcionar un reportaje a cualquier otro de nuestros escritores e intelectuales de primera línea. Es que en Da Rosa la formación intelectual no ha podido desterrar el "canario" que lleva adentro. Es algo que se puede apreciar desde el momento mismo en que el visitante abre la puerta de su casa —en pleno Pocitos, en las inmediaciones del antiguo barrio La Mondiola— y, después de mucho dudar, se dispone a internarse, —sin golpear ni tocar timbre, pues no hay con qué— en un interminable corredor, preguntándose, no sin cierta inquietud, a dónde lo llevará. Allá en el fondo, como una isla en medio de un barrio con el que no tiene nada que ver, está la casa de Da Rosa, el "edén" que nos describe en su último libro, "Ratos de Padre": "...Para llegar a este viejo edén hay que pasar antes por una larga rendija tubular —zaguán, galería o corredor— de diez metros, entre paredes de las casas de los costados, y bajo techo del piso de las de arriba; y después, por otro corredor de otros seis metros, separado por tejido de los dos patios del fondo de aquellas. Este último corredor, desemboca ya bajo un amplísimo parral que va a recostarse a la casa, rodeándola por tres de sus cuatro lados. El terreno se extiende a la izquierda y al fondo, por espacio de más de cien metros cuadrados. Aquí, estos cuatro canarios hemos encontrado la vida. Aquí tenemos ciruelos, nísperos, limoneros y pitangueros que cuidamos como tesoros. Aquí tenemos un jardín donde hay desde orquídeas hasta claveles del aire. Aquí tenemos una quinta donde hermosamos nuestros ocios y ejercitamos nuestros cuerpos cultivando una tierra que nos da de choclos a zapallos, además de toda clase de hortalizas. Aquí tenemos un fondo con galpón lleno de herramientas de labranza y de yuyos medicinales, y un gallinero cuyas ponedoras —criadas por nosotros desde recién salidas de la cáscara— nos proveen de cuanto consumimos de "entrecáscara". Aquí hemos criado teruteros y chanchos, zorrillos y conejos; y no hemos tenido lechera y caballo por culpa de las arbitrarias disposiciones municipales, que consideran urbano un edén casi estancia".

Aquí, sentados bajo el parral, y haciendo correr el amargo, nos pusimos a charlar con Da Rosa y a plantearle las preguntas de este reportaje y, tratando de empezar por el principio, le pedimos que nos hablara de sus primeras experiencias como escritor:

Mi vocación de escritor empezó a nacer en el Liceo Departamental de Treinta y Tres, estimulada, sin creer mucho en ella, por algunos profesores que siempre tengo en el recuerdo: Héctor Cuttinella, Adhemar Magallanes, Nilo Goyoga, Valentín Macedo... A través de las lecturas de las clases de idioma español empecé a tomarle el gusto a lo literario y a sentir el escozor de ponerme a escribir. Fue algo bastante súbito, porque recuerdo que apenas un año antes, cuando aún concurríamos

con mi hermana a la escuela rural de Sierra del Yerbal, era ella la que se destacaba; yo la copiaba sin vergüenza y hasta me lucía con sus frases.

Además de esos profesores que lo estimularon, ¿no hubo influencia de algún escritor?

Mi primera devoción literaria consciente fue Rafael Barret. Fue imponente. Me lo "zampó" Cuttinella, más amigo

que Director del Liceo, socialista y "proseador sin yel". Un día fui a su casa a buscar unos libros y, después de leerme dos o tres "Moralidades actuales", como al descuido me lo puso en el bolsillo. "Pero no digas que el director te lo dio", me advirtió, pues la lectura de un autor como Barret no era algo que se pudiera hacer públicamente y sin riesgos en el Treinta y Tres de entonces. Me incendió. Empecé a escribir y a pensar como él hasta que un día, Cuttinella, al corregirme un escrito, rodó una frase con un círculo, sacó una flecha al margen y me puso: "¡Ojo! Aquí veo la mano de R.B.". No puedo negar que me produjo una extraña satisfacción la sensación de complicidad, de estar comunicándonos en clave... Después Serafín J. García, hombre joven, nacido en Vergara, que empezó a publicar Tacuruses en los diarios del pueblo, especialmente en "La Tarde". Fueron poemas que me llegaron hondo, pero más aún me impresionaron los cuentos de "En carne viva", pues por ese entonces, 16 años, ya me inclinaba francamente hacia el cuento — había hecho muchos versos, pero todos horribles; no di con la tecla. Por esa época escribí un cuento que me gustaba bastante y me decidí a mostrárselo a mi padre, que con su tercer año de escuela rural era muy buen lector y para mí un guía que nunca me desmintió. Me levanté temprano, preparé el mate, y cuando llegó el viejo, le dije: "Sabés que encontré un cuento inédito de Javier de Viana". Me miró y siguió tomando mate. Se lo di, no me atreví a leerse. Lo leyó en silencio. Al rato le pregunté: "¿Qué te parece?". Tomó otro mate. "Si eso es de Javier de Viana, debe ser lo peor que Javier de Viana escribió en toda su vida". Por años me retraje. Siempre fui tímido. Prácticamente hasta que me vine a Montevideo no volví a escribir.

¿Y nada más? ¿Sólo Barret y Serafín García?

Las posibilidades en mi época de las Sierras no eran muchas. Se leía lo que llegaba a las manos, —todo lo que llegaba— y mucho era charamusca, como supondrá. Era cuestión de revolverse con lo que había y estaba de moda, que leíamos y aprendíamos de memoria: Heraclio Fajardo, Magariños Cervantes, Bartolomé Mitre, Carlos Guido Spano, Núñez de Arce, Carlos Roxlo. Todavía

recuerdo los versos iniciales de un poema de Mitre que hacía furor: "No miráis aquel mendigo / de aquella iglesia a la puerta / cuya miseria despierta / simpática compasión / y que a todos los que pasan / tendiendo mano transida / pide con voz dolorida / una limosna por Dios." Poemas como éste eran el pan nuestro de cada día. Claro que también por esa época había llegado a leer a Ipuche, a Montiel, y sobre todo a Silva Valdés, que me resultó una revelación esplendorosa en sus Poemas Nativos. Era la época de los tomitos de la colección Araluce, española, con sus vidas de grandes hombres y sus resúmenes de obras maestras: todo eso tragábamos nosotros allá. Ya en el Liceo, leía, por supuesto, los autores de los programas de literatura, los leía íntegros; Homero, Cervantes, Platón, Dante, Virgilio, Lucrecio, Juvenal, Marco Aurelio... Mis grandes devociones eran —siguen siendo— Darío y Machado.

Y qué le parece: ¿semejante formación dejó en usted alguna secuela?

Bueno no sé si un riesgo, o un temor, a caer en la cursilería. Soy muy sensible a lo poco que he leído y a lo mucho que he oído, y como siempre fui tímido, y más en esta materia, mi gran preocupación siempre fue la cursilería. Es que antes de leer a Morosoli yo era cursi, declamatorio, sin remedio a la vista.

¿Cuándo conoció la obra de Morosoli?

Fue varios años después, ya estaba viviendo en Montevideo.

La mención de Montevideo nos trae una pregunta que es casi obligada. Tratándose de usted: ¿por qué se vino? Porque en todo lo que usted ha escrito hay una nostalgia de lo que dejó atrás que hace difícil explicarse sus treinta años de vida Montevideana.

Yo tenía 19 años. Era por 1939... Vine a estudiar Derecho. Di varias materias, pero entre el trabajo, la literatura y la familia, terminé dejando por el camino aquellos proyectos. Usted me preguntará entonces por qué no volví. Yo me hubiera quedado si Treinta y Tres hubiera sido otra, quiero decir, si el interior de nuestro país no fuera lo

que es. Usted, que siempre vivió aquí, seguramente no sabe lo que es la fuerza de succión de Montevideo. Uno siente que se acaba el paisaje, que se acaba el mundo, que se acaba todo... Empieza a asfixiarse. Todo está hacia el sur.

¿Quiere decir eso que considera que la experiencia Montevideana, pese a todo, le ha resultado beneficiosa?

Bueno, a lo mejor sí. Tal vez esa nostalgia, ese choque sirvieron para algo. Por lo pronto empecé otra vez a escribir. Por octubre de 1942 publiqué mi primer cuento, "La orden del superior", en Mundo Uruguayo, adonde me lo arrió un amigo. Por esos años de la guerra publiqué tres o cuatro cuentos más en la revista Mundo Libre. Pero es todo prehistoria. Como escritor considero que existo desde el momento en que leí a Morosoli. Fue por 1943, cuando cayó en mis manos un ejemplar de "Los albañiles de Los Tapes". Poco después leía los cuentos de "Hombres" que se publicaban en el suplemento de "El Día". Fue la gran revelación. Empecé a escribir cuentos morosolianos, hasta con frases de Morosoli. Morosoli fue para mí el camino abierto. Si no lo hubiera leído creo que no hubiera escrito nada. Y después la amistad con aquel hombre maravilloso...

¿Cómo empezó esa amistad?

Fue recién por el año 50 o 51, cuando me atreví a escribirle una carta. Recuerdo muy bien como empezaba: "Maestro"... y seguía en un estilo elocuente y retórico que todavía me duraba... Junto con la carta le mandaba varios cuentos, pidiéndole opinión. Un día llegó la contestación, una carta con membrete de los ticineses. Cuando leí el primer párrafo se me fue la angustia: "Amigo Da Rosa, no me llame maestro porque vamos a andar mal...". ¡Ya estaba abierto el camino hacia el hombre! La carta terminaba: "¿Conoce Asir?". Yo no la conocía ni de nombre. En esa carta está el origen de mi vinculación con la revista y de mi amistad, tan fuerte hoy como ayer, con aquel grupo. Debuté en Asir con "Juan Velorio", después siguieron otros cuentos, y al fin los libros, Cuesta Arriba, De Sol a Sol, Camino Adentro, Recuerdos de Treinta y Tres, todos con su sello.

Su afincamiento en Montevideo supongo que habrá tenido una influencia importante en su panorama intelectual.

Claro. Mi vinculación con hombres como Bordoli, Visca, Falco, Castillo, fue de una gran importancia en ese sentido. Por lo demás, me puse a leer por cuenta propia y en serio. Hubo un autor que me influyó, creo que decisivamente: Unamuno. Tiene un libro que para mí fue imponente, fundamental, tal vez más que nada por el momento en que lo leí: "Del sentimiento trágico de la vida". Hubo una novela que leí por esos años y que me resultó tremenda como revelación: Manhattan Transfer, de John Dos Passos. Y otro autor norteamericano creo que ejerció gran influencia en mí: William Faulkner.

(Aquí seguramente se nos escapó un gesto de incredulidad, pues Da Rosa se siente en la necesidad de reafirmarse en lo dicho):

Sí, Faulkner. Aunque parezca increíble, me impresionó imponentemente. En algunos de mis cuentos creo que hay influencia suya, muy mal asimilada si usted quiere, porque somos dos modos totalmente distintos. Y por supuesto Tolstoi y Chejov. Un autor que leí mucho en mi juventud fue Pio Baroja. Visca dice que me ha influido. Dos que siempre me interesaron fueron Sartre y Camus, pero por su teatro, fundamentalmente. El teatro siempre me atrajo —soy autor de una obrita de la que más vale no acordarse—. Más que atraerme, podría decirle que me apasiona y que siempre he lamentado no poder tener parte en ese aspecto de la creación.

¿Y de los actuales? ¿Qué me dice de las últimas promociones de escritores hispanoamericanos?

Los últimos años no me han sido muy propicios para la lectura; la actividad política absorbe y a mí casi me liquida, como lector y como escritor: Con todo he tratado de leer a estos nuevos escritores, aunque no exhaustivamente. Me gustan sobre todo Carpentier y García Márquez; en cambio le confieso que no puedo con Cortázar.

**Hay una pregunta que quiero hacerle y que creo cualquier lector suyo se debe plantear ante sus cuentos: ¿Qué vinculación hay entre los personajes de sus relatos y la realidad?**

En general, poca. Tengo una gran dificultad para escribir, a veces me paso meses con un solo cuento; lo empiezo en una dirección y cuando lo termino es totalmente distinto. Es cierto que hay algunos que son casi la biografía de un personaje real, pero son los menos: "Juan de los Desamparados", Loco, Contrabandista, Solito. La mayoría son totalmente inventados, tanto en personaje como en peripecia. En algunos casos el personaje del cuento toma algún rasgo de un personaje real, pero todo el resto es inventado. Es el caso de "La vieja Isabel" o de "Hombre Flauta". A Ansin, el protagonista de este último, apenas lo conocía cuando escribí el cuento. Era un típico personaje del pueblo, siempre con su flauta a cuestas; no sabía nada más de él y no me preocupé por averiguar más; todos los otros datos del cuento son inventados. Recién después de publicado el relato empecé a conocer más a fondo al hombre.

**¿Y él cómo tomó el asunto?**

Bien, aunque cuando recién se enteró me quería cobrar. "Che, capitán —a todo el mundo le dice capitán— sé que me pusiste en letras de molde y te andás llenando de plata conmigo..."

**¿Cuál de sus cuentos le parece el mejor? (Aquí el hombre hizo un gesto como de que se la esperaba).**

Ya sé, usted está esperando que le diga "Hombre-Flauta"... A veces pienso que es un cuento que me ha perjudicado, pues no ha dejado ver otros que creo tienen por lo menos el mismo valor. Pienso que tal vez el más logrado de mis cuentos en la brevedad de su enunciación, es "La Vieja Isabel", lo que no quiere decir que sea el mejor.

**En estos casi treinta años que lleva en Montevideo ¿nunca sintió la tentación de escribir cuentos con personajes y ambientes montevidianos?**

¡Se me caen las babas a veces, sobre todo cuando veo a tanta gente desva-

riar, habiendo una cantera tan rica. Pero ahí están las limitaciones de mi timidez, de que le hablaba; me parece que no es para mí y no me atrevo a largarme. Pero no la doy por perdida. Hay tantos personajes, tantas cosas que no han sido vistas por los escritores montevidianos —el fútbol, la ruleta, el café, el boliche de barrio, el hipódromo, el ómnibus, los cantegriles, el campesino luchando por su integración a la urbe, la política—... Me parece que muchos novelistas y cuentistas que han escrito sobre Montevideo, carecen de poder de observación, y tal vez de experiencia. Yo creo mucho en la experiencia real para escribir: esa que se lleva en la punta de los dedos...

**Usted hace años que está escribiendo una novela —"Mundo Chico"— que, por lo que conozco de ella, sería una especie de "summa" de toda su experiencia campesina. ¿No será que tal vez necesite terminar con eso antes de poder intentar un viraje en las características de su mundo narrativo?**

Pudiera ser. La verdad es que me está dando mucho trabajo. La tuve abandonada varios años y ahora trato de sacarla adelante, pese al poco tiempo de que dispongo.

**¿Qué busca dar con ella?**

Intento llegar a fijar, a los extremos de lo posible, la vida tal cual se desarrollaba en campaña durante mi niñez. Dar la minucia de la tarea rural pero no a través de una simple descripción realista, sino con el encanto, con la magia que la deje fijada para siempre. Es la historia de un mundo ya prácticamente desaparecido, que siento la necesidad de salvar del olvido; un mundo que crece y se desarrolla hasta el momento en que empieza la emigración, la disparada, ocasionada por una serie compleja de factores —la educación de los hijos, la erosión y empobrecimiento de las tierras, y allá a la distancia las luces del pueblo como un imán—. Así se fue produciendo una despoblación paulatina primero, rápida después. Fueron quedando las tapers bajo los tentáculos del latifundio apresándolo todo. Hoy hay 40.000 habitantes en el departamento de Treinta y Tres y otros tantos o más fuera de él. En mi novela trato de dar con la mayor fide-

lidad posible —que no es la meramente documental— el sentido de la vida y las actividades de aquellos hombres. Trato de recrear, de describir cada una de sus actividades en su raíz, en su determinación, de dar una visión del hombre-tierra y del hombre-campo; el hombre-rincón y el hombre-extensión, que en nuestro país cada día parecen más cosa del pasado.

**¿Y cree haber encontrado la forma de novelizar todo ese material tan vasto?**

Con eso he estado y estoy luchando. Fue mi gran preocupación durante mucho tiempo, encontrar temas y personajes que fueran más allá de la simple crónica, y creo que lo estoy consiguiendo. La novela intenta armarse en torno a dos personajes centrales que cumplen todo el ciclo. Al final uno se queda, el otro se va. Le tengo mucho amor a esta novela. Por eso, tal vez me preocupe tanto el miedo de que se me frustré.

**¿Hay un público determinado para el que usted escribe, y que, de alguna manera, puede condicionar su obra?**

Mi estilo induce a muchos a creer que escribo para determinado público. Sin embargo, mi aspiración de ser leído, no difiere en nada de la del menos sospechoso de los escritores en este aspecto. Lo que pasa es que mi medio natural de comunicarme —aquél en el que me siento más auténtico y a cuyo través creo que es más fácil llegar a un mayor número de lectores—, es el de la llaneza expresiva. Algunos me la llaman "tono conversacional", otros "desarrollo lineal" y a muchos les ha servido para clasificarme como autor "gauchesco", o "criollista" o "nativista" o "campero" o "regionalista", etc. Mi experiencia me enseña que, cualquiera sea la clasificación que caiga, la mercadería tiene consumidores detractores, partidarios e indiferentes, sin más condicionante que la de circular en libro. La gente lee cada día más y mi deseo no podría ser otro que el de ser cada día más leído por la gente.

**¿Cree que existe una literatura actual, una literatura moderna, o que la literatura es sólo literatura?**

Naturalmente, lo que se llama "el signo esencial" de una época, deja su im-

pronta en la literatura. Pero "el signo esencial" de la literatura es el de ser para todas las épocas. En muchos pasajes del Quijote, Cervantes me parece más Cervantes en su divagar con nimiedades, que en su tratamiento de grandes temas de su época; en Martí me emociona tanto "el canario amarillo que tiene el ojo tan negro", como los pasajes más dramáticos de su "Diario"; de Darío me quedo con el "Responso a Verlaine" frente al poema "A Roosevelt"; prefiero al Morosoli de "Andrada" al de "Un velorio"; Benedetti me "compra" más con "La tregua" que con "Gracias por el fuego", juzgados todos desde un punto de vista exclusivamente literario. Si mi juicio fuera hecho a propósito de la participación de estos autores, mediante las obras citadas, en los problemas (sociales, políticos, económicos, etc.) de su época, mis preferencias serían las opuestas. Conclusión: aunque la militancia (en cualquier época), pueda ser objeto de las más hermosas creaciones artísticas, no creo que deba obligatoriamente serlo.

**¿Qué piensa de la generación del 45?**

Primero, que empezó en dos trincheras: la de los iracundos negativistas de todo "aldeano" atisbo nacional y la de los pacientes buscadores de una tradición y una supervivencia de lo nuestro auténtico. Segundo: que en la actualidad las cosas están muy confusas, pues parecería que se están produciendo muchos "pases" a la segunda trinchera, sin mayores explicaciones, por lo menos a la vista.

**Usted habló hace un momento de "militancia": ¿sigue actuando en política?**

Hasta cierto punto sí, aunque con mucho menor intensidad. Siempre sostuve algo que sin duda es discutible: hay individuos que nacen con la necesidad de militar. En realidad, yo creía antes que tenía más vocación por la militancia política. Ejerciendo el cargo de diputado —totalmente desnaturalizado como lo está por la situación del país— descubrí que tal vez mi vocación —si bien hasta cierto punto persiste— no tenía en cuenta suficientemente ciertos factores de la realidad. Esboqué cantidad de sueños, de proyectos, pero mi experiencia fue amarga porque realicé muy

poco de lo que pensaba y pagué un demasiado alto tributo a cierta inocencia que hubiera preferido conservar.

¿Qué piensa del Ché?

Que fue un ejemplo de coraje en la defensa de ideales cuya formulación —no partidista— comparto íntegramente, aunque discrepando en un todo con los medios que utilizó y preconizó para imponerlos. Su muerte me conmovió y la considero una lección en esta hora en que son muchos los que azuzan y pocos los que cargan.

¿Cree que hay alguna salida viable para la situación de nuestro país?

Quiero creer que sí, aunque hay algo que me parece cada vez más claro: que ninguna salida será posible si no se realizan reformas radicales. No he llegado, sin embargo, a la conclusión de que la

única salida —en nuestro país— sea a través de la violencia. Pienso —y ojalá no peque de ingenuo— que toda nuestra formación en lo que va del siglo —en la que tanto importa la figura de Batlle— hace que en el Uruguay sea posible acceder a una reforma de estructuras por medios no violentos. Se ha hecho tal conciencia de la necesidad de esas reformas, que los propios reaccionarios tienen en sus hijos la respuesta. Los hombres de mi generación que están en el gobierno tienen en ese aspecto una tremenda responsabilidad, a la cual, desgraciadamente, no creo que estén respondiendo. No sé si será el sino de los hombres de mi época. Somos una generación de fracasados, echamos a perder toda una esperanza. Vivimos sobre una Arcadia y nos tendimos a sestar. De pronto nos cayó encima esto de hoy; fuimos absolutamente incapaces de entenderlo y más, de prevenirlo. Disfrutamos hasta embriagarnos de un tiempo del que no nos queda más que un breve plazo de angustia por nuestros hijos.

## BRECHA

Enrique Estrázulas

De tu boquete abierto las palabras  
cálido atajo  
brecha  
nacerán,  
nacerán las palabras que te nombren  
donde queda la piel y el corazón.

## POEMA DEL QUE SE VA

Hugo Achugar

La tierra huele a miedo  
a orines de caballos entre las plazas  
a viejos desflecados en las calles  
no quiero volver me voy  
como un simple egoísta me voy  
como rata me voy  
a países lejanos de otros días  
a fiestas ignoradas de ayer.  
No hay agua ni fuente alegre  
se pierde el horizonte y vuela  
toda la nostálgica ilusión de ciudad adormecida.  
La tierra ésta que estoy tocando huele  
a miedo a orín a viejo triste y desdentado  
rompo el suave envase y vuelo  
no quiero este quedarme poco a poco  
agotado en cada nueva esquina.  
No viaja ya la mosca en el verano  
ni cruza el aire de la playa la gaviota  
apenas quedan penas y recuerdos de años treinta  
toda ella y aún a orín y a fierro viejo.  
Está todo podrido perdido para siempre  
no quiero seguir pozo a pozo  
alabando las raíces coloniales  
me voy me voy como un cobarde  
y no lo niego. Hoy: tarde perdida en el invierno.  
Me voy antes que chillen las bisagras.